



Hassan II advino al trono cuando ya la guerra fría había acabado con el sueño del Tercer Mundo. En la foto, el Rey de Marruecos con el general Benomar El Alami, a quien se encomendó la cartera de Defensa tras la muerte de Ufkir.

## MARRUECOS: PENAS DE MUERTE EN KENITRA

**L**AS veinticinco penas de muerte que el fiscal acaba de solicitar del Tribunal militar de Kenitra, que juzga a ciento cincuenta personas acusadas de atentar contra el Régimen, son bastante inquietantes. Aunque falta aún el informe de la defensa y el veredicto final, puede temerse ya que muchas de ellas se confirmen. Y se cumplan. Se fusila mucho en Marruecos últimamente. El reinado de Hassan II no es como el de su padre, Mohammed V, que cuando fue restaurado y traído del exilio de Madagascar derramó abundantemente el *ammam* —el perdón—, creó un Parlamento y unas elecciones, y unos partidos de oposición. Ben Barka fue nombrado por el Rey preceptor del joven príncipe Hassan, aun siendo el máximo representante de la izquierda. Cuando Hassan ascendió al trono, la izquierda

fue perseguida, y Ben Barka, hasta el punto de ser asesinado en París por Ufkir, ministro del Interior del Rey, y quizá por Dlimi, al que se acusa de haber sido quien mató después a Ufkir fingiendo un suicidio. De este mismo Dlimi se ha dicho ahora, en el proceso de Kenitra, que estaba presente en las sesiones de tortura de los acusados. Todos, más o menos, han comenzado sus declaraciones aludiendo a que su confesión había sido arrancada por la tortura. Los jueces no han hecho demasiado esfuerzo por acallarles o desmentirle, sus declaraciones se han publicado en la controlada prensa marroquí, y también los rumores de que otros muchos detenidos no han llegado vivos al Tribunal. Parece como si hubiera cierto interés en que las gentes atraídas por la oposición o las actividades políticas clandestinas

sepan que se exponen a todo y que la Edad Media no ha terminado. En cuanto a la opinión pública internacional, los llamamientos a la conciencia pública de la Amnesty International o de la Organización Internacional de Juristas, los gobernantes de Marruecos saben bien cuál es su alcance. No han cesado desde los primeros procesos políticos, los de Casablanca y Marrakech, los otros dos de Kenitra. Mayor escándalo que el del asesinato de Ben Barka, con el ministro del Interior condenado a muerte en rebeldía en un país extranjero y reclamado por la Interpol —escándalo que se prolonga ahora con una película mundialmente famosa—, y, sin embargo, no ha sucedido internacionalmente nada. Si Francia rompió sus relaciones, fue una medida diplomática que no interrumpió los fructíferos intercambios de otra in-

dole, y finalmente las reanudó. Las manos están libres.

Mohammed V restauró su reino en el contexto del idealismo neutralista, propicio al florecimiento de las opiniones. Hassan II advino al trono cuando ya la guerra fría había acabado con el sueño del Tercer Mundo. Se sabe que en muchos países —a comenzar por Estados Unidos, época McCarthy— la guerra fría no se limitó a eliminar a los comunistas de los puntos de poder y de la actividad pública: sirvió para que muchos gobernantes redujesen al silencio sus principales oposiciones personales. En Marruecos, esta destrucción fue una orgía. Si se encaminó contra el Istiqlal —el partido del Fassi con Mohammed Torres; su intención de reforma social, mezclada con una intransigencia coránica extrema y un expansionismo territorial desmedido, en el que lle-

gaban a aparecer las islas Canarias, le emparentaba con los fascismos europeos— fue a base de hacer propias algunas de sus exigencias. El partido comunista de Ali Yata era escaso —su ateísmo no le permitía progresar y la población, mayoritariamente rural y analfabeta, no entendía ni entendiéndolo el marxismo— y fue declarado fuera de la ley. El gran centro de la persecución estaba destinado a la Unión Nacional de Fuerzas Populares. Una izquierda avanzada, una izquierda que llegó a gobernar con Mohammed V. Contra ella siguen siendo las persecuciones principales. Y es una vez más la acusada en el proceso de Kenitra.

En marzo de 1972 hubo algunos sucesos mal relatados, mal explicados: algunos disturbios, unas bombas descubiertas sin estallar, un asalto a un edificio administrativo en un pueblo; intervinieron la Policía y el Ejército, hubo numerosos muertos, numerosas detenciones y el «complot del 3 de marzo» fue sofocado. Se atribuyó a un «Frente de Liberación Nacional» y a un exiliado, Basri, que ya había sido condenado a muerte en 1964 y que ha tomado el puesto de Ben Barka, si no en la realidad, en la multiplicidad de acusaciones. Como se sabe, en este tipo de Regímenes, la cuestión está en desplazar las fuentes de las rebeliones o los descontentos de forma que nunca parezcan de origen popular, sino la actuación de una minoría portadora y representante del mal absoluto y preferentemente con apoyos en el extranjero. Mohammed Basri representa ese papel de creador de subversiones, y la Libia del Ghadafi, su fuente nutricia. Pero interesa desmontar a la oposición, y, por lo tanto, demostrar que está en relación con él.

Un mes después de los oscuros sucesos del 3 de marzo de 1972, precisamente el 2 de abril, la Policía detiene a un gran número de dirigentes y militantes de la Unión Nacional de Fuerzas Populares. Y el partido quedaba suspendido por un plazo de cuatro meses, que se ha ido prorrogando después. Entre el 2 de marzo y el 2 de abril se habrían descubierto pruebas que señalaban la complicidad entre Basri y la UNFP; por lo tanto, entre la UNFP y el Frente de Liberación Nacional —que no había dado otras señales de existencia antes del 2 de marzo, ni las ha vuelto a dar después, en el asunto del nuevo complot—. La oposición dice que tales pruebas no se han po-

dido descubrir nunca porque no hay tal relación; dice que se han amañado, que se han preparado y que se han sumado a ellas los testimonios arrancados por la tortura, la intimidación o el soborno, o por los propios confidentes y provocadores colocados en la UNFP. El hecho es que en Kenitra se ha juzgado a los supervivientes de los motines del 3 de marzo, cogidos con las armas en la mano y en flagrante delito, y los dirigentes de las Fuerzas Populares, detenidos un mes después, pero mezclados también en el procedimiento de flagrante delito. Lo cual no impide que se haya tardado más de un año en juzgarlos y que la vista que comenzó el 16 de junio no haya terminado todavía. Y en las peticiones fiscales aparecen ahora estas veinticinco penas de muerte y treinta de reclusión a perpetuidad, más otras de diversa gravedad.

La UNFP ha negado toda participación en el complot. Sin embargo, no ha desautorizado su fondo. Su dirigente, Abderrahim Buabid, ha declarado en el proceso —no como acusado, sino como testigo, puesto que no ha sido directamente implicado— que su partido jamás ha acudido a la violencia. «Pero la cuestión no es tanto saber si el uso de la violencia es legítimo, como saber por qué en el Marruecos de hoy tantos hombres creen que no hay otra vía para salir de la crisis».

Para muchos observadores no se trata en este proceso, como en los anteriores, de destruir realmente a la UNFP como de buscar una reconversión. Se trataría ahora, como en los procesos anteriores y en las persecuciones personales, de eliminar a los dirigentes más combativos y dejar la organización en manos de los colaboracionistas, que pudieran vaciarla de su sentido. Ya se hizo un primer intento cuando, después del atentado aéreo contra Hassan II y la eliminación de Ufki, el Rey trató de conciliar a los partidos de la oposición. Pero la apertura no fue suficiente y se perdió. Hubo, sin embargo, en la UNFP una tendencia a colaborar frente a otra que negaba la colaboración, y pueden ser precisamente los que entonces pretendían el acuerdo los que quedan al frente de la UNFP cuando termine su suspensión y hayan sido depurados sus jefes más hostiles. Incluso por el fusilamiento. ■ J. A.

## Los Contem pora neos

### EL FUTURO HA COMENZADO

De tal forma se ven venir las cosas, que el augurio del desastre ha creado un nuevo género de literatura, una familia de escritores, que en americano —el idioma universal basado en el arcaico y pintoresco inglés— se llaman doomwriters. Doom significa sentenciar a muerte; significa, también, predestinar a la ruina y la destrucción. The crack of doom es la señal del juicio final. En nuestro actual lenguaje —basado en el rico, expresivo y libre castellano de antes de la guerra— les llamaríamos catastrofógrafos o, si quisiéramos ajustarnos más a la torpeza, rigidez y cacofonía del actual lenguaje, catastrofólogos. Ven venir la gran desgracia para todos. Parece que este tipo de agoreros abunda cada vez que el cómputo de años dobla un milenio. Es la segunda vez que ocurre, al menos. La primera fue, claro, la de los milenaristas, que creyeron que al llegar el año mil sobrevendría el día del juicio final, el doomsday. La realidad fue peor que la imaginación: el mundo no se acabó, y entró de lleno en la Edad Media. Algún bimilenarista, como Roberto Vacca, cree que entramos en una nueva Edad Media —su libro fue glosado en estas páginas por Umberto Eco y contra libro y glosa se alzó, indignado, Vázquez Montalbán—.

Estos catastrofólogos tienen el defecto de ser demasiado optimistas. En realidad, la gran desgracia ha sucedido ya. Su idea de que va a venir más adelante, está desplazada en el tiempo. Y en el espacio. Hace ya muchos que Paul Valéry escribió esta frase: "Comienza el tiempo del mundo acabado". Y hace ya muchos años que Huxley escribió su "Brave new world" y Orwell su "1984": le han sobrado diez años para la mayor parte de sus profecías morales.

La Edad Media de Vacca, ¿no empezó con el triunfo de los fascismos, con el del stalinismo? Si, pero nos libramos de ellos. ¿Nos libramos de ellos? La idea de que el europeo ha vencido al campo de concentración —no así el asiático, ni el africano, ni el hispanoamericano, ni aun siquiera todos los europeos— me parece un poco sacadista: es el campo de concentración el que ha ganado. Si no existe, es porque no hace falta. Es porque somos buenos. Si somos malos, volverán. Han sido malos los católicos irlandeses, y rápi-

damente los han tenido. Y hasta agentes provocadores —los Littlejohn— de la misma calaña que los que Hitler se sirvió para el incendio del Reichstag. Fueron malos los griegos, y Patakos les dio los viejos y eficaces campos —esta

vez, islas—; ahora han sido buenos y les han dado la amnistía. No hay Hitler, no hay Stalin, porque no hacen falta. Pero los habría fácilmente. No hay que pensar que surjan de entre los incendiarios de librerías, que actúan con un fascismo de retraso. Llevan mala carrera. Más bien puede surgir de un funcionario tranquilo. ¿Cuántos tienen en su cajón el bastón de mariscal Amin? O de coronel Ghadafi, o de coronel Patakos, de Van Thieu, de... ¿Para qué enumerar? Todo es un problema de formas. Ya no hace falta el auto de fe o la quema de libros: basta con inventar la sociedad en la que nadie lea. Montar ahora campos de concentración en Alemania sería un fracaso económico: el gran acierto ha sido que cada individuo lleve un "kapo" dentro, que cada uno sea el SS de sí mismo. Ya no hace falta el manganillo —la porra— del escuadrista en Italia: ahora gobierna la democracia cristiana. Ya no existe la policía secreta —la "carlingue"— de Pétain: ahora gobierna Pompidou.

Roberto Vacca teme que, en el futuro, pueda sobrevivir "la degradación de los grandes sistemas". Pero, ¿dónde están los grandes sistemas?

TALASOCRACIA.—Hice, la semana pasada, un cierto papel de "doomwriter" al hablar del regreso al mar. He leído, después, este telegrama de la agencia Efe, fechado en Tucumán, Argentina: "Un recién nacido, con la piel cubierta de escamas y con aspecto pisciforme, murió hoy a las cuarenta y ocho horas de haber nacido, no obstante los cuidados prodigados en la maternidad Nuestra Señora de la Merced, en esta ciudad. El fenómeno, conocido como ictiosis, se produce muy raramente, y la ciencia lo considera como una regresión en la escala zoológica, de acuerdo con la teoría de que el ser humano es el resultado de la evolución biológica de la vida iniciada en el mar. El nombre de ictiosis deriva, precisamente, del vocablo que designa al pez en griego". El futuro ha comenzado... ■

POZUELO